

LOS MITOS ANTIGUOS.

SERPIENTES Y PIEDRAS PRECIOSAS.

I.

No hay persona alguna que, al visitar en una casa de fieras las jaulas destinadas á los reptiles, no experimente, en mayor ó menor grado, el sentimiento complejo de horror y de fascinación que produce la vista de estos monstruos con su lengua partida, su silbadora garganta y cuerpo constantemente retorcido. Parece que espontáneamente vienen á los labios las palabras de la maldición divina; y sin embargo, la mitad, á lo ménos, de cuantos se muestran dispuestos á repetir el anatema pronunciado contra la serpiente, llevan en alfileres, sortijas, brazaletes ó pendientes reproducido el animal que con tanta repulsión contemplan. La dama pone en sus dedos y el elegante en su corbata, una piedra preciosa engastada en la cabeza de una serpiente, cariñoso recuerdo acaso de un sér amado, convertido así en símbolo de perpetua adhesión.

La serpiente con un rubí entre sus mandíbulas ha sido siempre prenda de amor popular. En su origen fué, sin duda, un adorno que tenía una significación mística oculta, pero el joyero moderno, que trabaja la figura del monstruo para adornar un dedo femenino ó una corbata de hombre, ignora que perpetúa una de las más antiguas supersticiones del mundo pagano.

De vivir el artista en remotos siglos, no hubiera empleado su talento en provecho de simples mortales y de sus adoradores; la forma venerada del repugnante reptil estaba consagrada á los dioses, y sólo adornaba la figura de las divinidades y las personas de los sacerdotes ó del soberano, considerado como sér divino. Acaso se le encargara formar un collar de piedras preciosas, pero sería para adornar el cuello de un reptil vivo. Este regalo no era entonces de un amante sino de un ferviente adorador del dios simbolizado por una serpiente bien alimentada.

Es, en efecto, una de las curiosas anomalías de la historia de la serpiente que en todos los países se la ha considerado siempre como sér divino, como símbolo de poder y de dominación, como reveladora de las ciencias ocultas, como guardian de tesoros escondidos, y como emblema de las divinidades bienhechoras, hasta el día en que, cambiando poco á poco de forma y de carácter para pasar al estado de dragón, se ha convertido, en las naciones cristianas, en atributo del pecado y personificación del demonio. Sin embargo, hasta en las primeras edades del cristia-

nismo la serpiente conservaba aún su carácter primitivo como símbolo del poder real: así se ve al famoso rey Arturo, modelo de caballeros cristianos, tomar por emblema, siguiendo á su padre, el pendragon Uther, el dragón de la gran pendragonia. El poeta Tennyson ha descrito al héroe legendario con un dragón de oro sobre su corona, llevando bordado en su túnica otro dragón de oro y apoyándose en un tronco formado de dragones entrelazados:

And to his crown the golden dragon clung,

And down his robe the dragon writhed in gold.

De este modo, con dragones sobre su cota de armas, figura el rey Arturo en el número de los caballeros cristianos que rodean la tumba del emperador Maximiliano en Inspruck.

Casi todos los pueblos antiguos han llevado el dragón en los estandartes, como sucede hoy en China, y los porta-estandartes se llamaban *dragones*.

Se lee en la *Enciclopedia Británica*, que «los romanos tomaron esta costumbre de los partos y de los asirios, llevando dragones pintados de rojo en las enseñas de sus ejércitos; pero entre los persas y los partos estos signos militares eran como las águilas romanas, figuras de alto relieve, de tal modo, que los romanos los tomaron á veces por verdaderos dragones.»

«Entre las serpientes, dice por su parte Owen, algunos autores antiguos colocan á los dragones, seres terribles y feroces de aspecto y naturaleza. Divideselos en pedates y ápodos; unos provistos de piés y otros sin ellos; algunos tienen alas y otros ni alas ni piés.»

Según Herodoto, hay serpientes que nacen con collares de esmeraldas, y en antiguos libros de historia natural se encuentran serpientes representadas con coronas sobre la cabeza. «Estas, dice, se encuentran así adornadas por la naturaleza en los desiertos de Africa.» Sin duda fué una de estas serpientes coronadas quien disputó á su hermano Alejandro el Grande la entrada en sus Estados, y mantuvo largo tiempo en jaque el ejército entero del conquistador. Y decimos «su hermano» porque el ilustre macedonio, y después de él Scipion el africano, pretendían, según se sabe, descender de serpientes, precioso parentesco que compartían con las poderosas tribus de la India antigua, de Africa y de América, hoy casi extinguidas según creemos.

De cuantas páginas extrañas contiene la historia del mundo, la más curiosa y la más contradictoria es la que se refiere al reptil maldito.

Si se interroga la Biblia, encuéntranse las raras anomalías siguientes: el animal más venenoso presentado como emblema del que cura; el seduc-

tor de nuestros primeros padres propuesto como ejemplo de sabiduría á los cristianos. No es, pues, extraño que estas aparentes contradicciones hayan producido innumerables controversias, pero no nos ocuparemos de ellas. Suponemos que todo el mundo está hoy de acuerdo con Josefo, cuando el historiador judío afirma que «Moisés, hablando de los acontecimientos realizados el sétimo día, se dirigía á la moral.» Podemos, pues, presumir que la serpiente del legislador de los judíos es una serpiente moral, más bien que el monstruo imaginado despues por los escritores rabínicos, «quienes, dice Owen (1), pretenden que Satanás, cuando quiso tentar á Eva, fué hácia ella montado en una serpiente del tamaño de un camello» y probablemente deslumbradora de oro y de pedrerías como la describe Milton:

*With burnish'd neck of verdant gold crest.
Amidst his circl'nig spires, that on te grass.
Floated redundant...*

La *Historia Universal* (1747) nos dice que la serpiente, cuyo cuerpo habia tomado el diablo, no era de la especie ordinaria, sino algo análoga á la especie terrible que habita la Arabia y el Egipto. «Estos reptiles son de color amarillo cobrizo, y con el movimiento de sus alas y la vibración de su cola reflejan los rayos del sol, produciendo un efecto deslumbrador. Estas serpientes, llamadas en la Escritura *Serafines*, han dado su nombre á esos seres angélicos luminosos que ordinariamente se designan con la misma denominación, y es probable que los ángeles, cuando servían á Adán y á Eva, tenían por costumbre revestir ciertas formas espléndidas: unos la forma de querubines ó toros volantes, y otros la forma de serafines, serpientes aladas y brillantes (2).»

Es cierto que haciendo á la serpiente el revelador de la ciencia oculta, Moisés adoptaba un símbolo fácil de ser comprendido por los israelitas despues de su permanencia en Egipto, donde la serpiente era adorada largo tiempo ántes del nacimiento de Moisés como el emblema de Kneph, Anubis ó Ncum; el dios de la cabeza de carnero que se supone ser el prototipo de Osiris y del Júpiter Ammon de los griegos, fuente de todo saber y de toda civilización. Los hebreos pudieron tambien hacer conocimiento en Egipto con la gigantesca serpiente Apophis, muerta por Horus, emblema del mal y origen evidente de la serpiente python de Apolo, de la que Hércules, niño, ahogó en su cuna, y de la que fué muerta por Kristna en la India.

«Los egipcios, dice Owen, dividían las serpien-

tes en buenas y malas, haciéndolas emblemas del bien y mensajeros de venganza.»

Este doble carácter se encuentra en casi todos los pueblos, y particularmente donde se extendía la influencia egipcia. Sin embargo, y por extraño que parezca, el carácter maligno atribuido á este animal es, en nuestra opinion, de más reciente fecha, pues la primera idea que se formaba de este reptil tan temido, era la de un emblema personificador de todos los dioses buenos y bienhechores.

Tylor dice sobre este asunto:

«No está completamente probado que las razas salvajes en todas sus concepciones místicas de la serpiente, hayan tenido jamás la idea, tan familiar á nosotros los europeos modernos, de hacer de este sér la personificación del mal.»

Y añade:

«Las serpientes ocupan un lugar importante en las regiones del mundo conocido, como encarnaciones, emblemas ó símbolos de los grandes dioses. Así se ven los crótalos ó serpientes de cascabel adoradas por los Natchez en el templo del Sol; la serpiente consagrada al dios azteca Quetzalcoatl, la serpiente conservada y alimentada con leche en el templo del antiguo dios slavo Potrimpos; la serpiente símbolo del dios bienhechor Asklepios, que habita en el cuerpo de enormes serpientes mantenidas en sus templos; la serpiente fenicia que se muerde la cola, doble símbolo del mundo y del dios del cielo Taaut que en su primitiva significación representa probablemente un mundo mítico, como el gusano escandinavo Midgard, pero que más tarde fué adoptado como emblema de la eternidad.»

En todos estos ejemplos, la serpiente es el símbolo de los dioses adorados, principalmente como bienhechores de la humanidad, y á estos dioses se puede añadir el dios caldeo Hea ú Hoa, fuente de toda ciencia, que es representado en las piedras negras de Babilonia bajo la forma de una gran serpiente. Volviendo la vista á la India, encontramos á Vichnu, el dios conservador que duerme durante largos periodos entre sus avatares en un lecho de serpientes, cuyas cabezas forman sobre él un dosel protector: además, uno de sus avatares ó encarnaciones, dedicado á la conservación del mundo, tenía la forma de una serpiente. Allí encontramos tambien el ojo de Brahma rodeado por Agathodémon, el dios bueno, bajo la forma de una serpiente.

«En la mitología india, dice Mauricio, (*Historia del Indostan*) el rey de los Assurs ó demonios se llama Naga, ó rey de las serpientes. En su sentido primitivo, esta palabra significa divino, y por tanto, las serpientes de cierta clase (porque

(1) *History of serpents.*

(2) *Universal History* (1747).

siempre se las ha dividido en dos clases distintas), han sido consideradas desde tiempo inmemorial en toda Asia como animales sagrados que tenían en su naturaleza alguna cosa profética. Sus cuerpos han sido siempre escogidos para vivienda habitual y favorita de la divinidad, y todas las estatuas de los dioses indios de Elephanta están rodeadas de serpientes, como señal de su divinidad.»

En Persia, Ormuzd y Ahrimanes, el principio del bien y el principio del mal están representados bajo la forma de serpientes. Conocido es el puesto que la serpiente tiene en las mitologías de Grecia y Roma. Era el emblema de Esculapio, el dios de la medicina, hijo de Apolo, del mismo Apolo que, sin embargo, había muerto á la gran serpiente Python; de modo que también aquí se encuentra el doble carácter del reptil. Athena ó Minerva lleva la serpiente con sus dos caracteres; adorna la persona de la diosa como emblema del principio divino, y figura en su escudo como parte de la cabeza de Gorgonia para aterrar á sus enemigos. Es probable, sin embargo, que en Etruria, en Grecia y en Roma, á la serpiente se la considerase más bien como un ministro del destino, que como un dios, aunque se tiene noticia de la gran serpiente defensora de la ciudadela de Atenas, que alimentaban mensualmente con pasteles de miel, y también de una gran serpiente que, enviada por Epidoro á Roma á causa de la peste, se escapó del buque y fué á establecerse en una isla del Tiber, donde levantaron un templo á Esculapio.

La serpiente escandinava parece, por causa inexplicable, estar casi completamente afecta al mal. En el Nifelheim (el infierno), roe las raíces del árbol de la vida y encierra en sus anillos toda la tierra que, en caso de necesidad, destroza.

El carácter maligno de la serpiente mítica escandinava, comparado con el de la serpiente de la India y de Egipto, es tanto más notable cuanto que Noruega es un país casi privado, si no lo está completamente, de serpientes venenosas, mientras que las serpientes veneradas en otros países, en vez de ser de las especies inofensivas, son en general de las más peligrosas. Así sucede con la cobra, que es el emblema de la divinidad en la India, con la víbora cornuda en Egipto, con el *crótalo* en América, y el hecho parece tanto más extraño al pensar que estos reptiles, de mordedura mortal, son los emblemas del dios de la medicina.

Pero el atributo de la serpiente que queremos, sobre todo, señalar aquí, es el que la hace guardián de tesoros enterrados y revelador de la ciencia oculta, relacionándola, por tanto, con las piedras preciosas. Con el nombre de «piedras precio-

sas,» no sólo comprendemos las gemas, sino también las piedras que, por varias causas y en diversos tiempos, han sido declaradas preciosas. Dividiremos, pues, las piedras: 1.º en gemas, 2.º en piedras esculpidas, 3.º en piedras sagradas.

II.

Las relaciones entre las serpientes y las piedras que forman la primera parte de nuestro estudio son familiares al lector. Los cuentos que han deleitado nuestra infancia están llenos de dragones gigantescos guardando inmensos tesoros y teniendo prisioneras virtuosas princesas, que valientes caballeros libran más tarde, casándose con ellas y apoderándose además de los tesoros. El tipo de esta leyenda de la Edad Media es el famoso *Nibelungen Lied*, alemán, en el cual el héroe Siegfried, después de matar al gran dragón carcelero y de bañarse en su sangre, lo cual le hace invulnerable, se envuelve en un vestido que le confiere el don de la invisibilidad y echa mano á un inmenso tesoro, propio de una raza de enanos (Nibelungen), destruida por él, gracias á su valor; gracias también á las riquezas y á los dones preciosos de fuerza y de invisibilidad, así conquistados, el valiente caballero se casa con Kriemhilda, hermana de Gunter, rey de Borgoña, matrimonio que ocasiona una serie de homicidios y males referidos en el curso de este espantoso relato.

El origen de todos los cuentos de la Edad Media, donde se ven dragones encargados de la guarda de tesoros, asciende evidentemente á la fábula de las famosas manzanas de oro del jardín de las Hespérides, de las cuales se apoderó Hércules, matando al dragón que las defendía. Pero se consideraba á la serpiente como guardián de tesoros ocultos en época muy anterior y en países muy lejanos, y sólo cuando el cristianismo dominante enseñó que la serpiente era emblema del mal, las buenas cualidades atribuidas ántes simultáneamente al reptil y á la piedra preciosa se transfirieron del guardián á la cosa guardada, y las piedras preciosas empezaron á ser consideradas en los países cristianos como seres sensibles, llenos de ciencia y de poder, y teniendo la facultad de preservar de todos los males á las personas que las llevaban. El dragón, por el contrario, pasó al estado de animal venenoso, lleno de malignidad, de perversos deseos.

Esta idea de las propiedades maravillosas de las piedras, parece remontar á las primeras tradiciones hebráicas, pero se encuentra también en la India, por ejemplo, en la historia de la piedra de Syamantaka, contada por M. Speir:

«Un rey, llamado Strajet, tenía el privilegio de estar en relaciones personales íntimas con el sol,

que se le aparecía en la forma de un enano, con los ojos rojos y el cuerpo de color de acero bruñido. El enano regaló al príncipe la piedra preciosa que llevaba en el cuello, la cual le procuraba ocho cargas de oro al día y alejaba los malos presagios, las fieras, el fuego, los ladrones y el hambre; pero que era mortal para quien la llevaba sin ser virtuoso (1).»

Imposible es saber la lejana época á que asciende en la historia del mundo el uso de llevar piedras preciosas. Encuéntranse en las tumbas y en los túmulos de la mayor antigüedad, y su uso precedió probablemente al de los metales preciosos ó fué contemporáneo. El amor á los adornos es inherente á la humanidad. Las naciones más bárbaras se muestran tan ávidas de ellos como sus hermanas las más civilizadas. No cabe duda, por tanto, de que las piedras brillantes encontradas en las cavernas y en los rios se buscaban con grande afición. El perseverante trabajo empleado en agujerearlas y en pulirlas sorprende y maravilla. Mr. Tylor nos dice que esta operacion la hacían con arena, agua y una varilla puntiaguda que removían rápidamente con las manos. La lentitud de este procedimiento exigía la existencia de un hombre para agujerear una piedra preciosa, y de este modo se explica el encontrar en los túmulos piedras medio agujereadas, enterradas con los que las trabajaron, por ser sus más preciados bienes.

«Tanto llamó la atención á Humbolt, añade, la vista de cilindros de piedra durísima perforados y guarnecidos de animales y de frutos en la América del Sur, que los creyó restos de una antiquísima civilizacion que había desaparecido. Cita particularmente las esmeraldas agujereadas y esculpidas encontradas en las cordilleras de Nueva Granada y de Quito. Los habitantes de estas comarcas tienen hoy una idea tan imperfecta de la posibilidad de labrar piedras duras, esmeralda, jade, feldespato y cristal de roca, que creen la piedra verde naturalmente blanda cuando se la descubre en el suelo y que endurece despues de haber sido trabajada por el hombre (2).»

Los antiguos atribuían numerosas virtudes á las gemas, y las consideraban ofrendas agradables á los dioses. Todas representaban determinadas virtudes espirituales y morales, y dotaban de ciertas facultades á los que las llevaban. Todas advertían la presencia del veneno, unas volviéndose negras ó empañadas, otras tomando un tinte pálido y enfermizo, y otras estallando en pedazos en el acceso de horror y desesperacion que les

producía su contacto. El diamante simbolizaba la inocencia, la justicia, la buena fe, la fuerza y la resignacion. Un antiguo libro de magia dice, «que Dios ha dado á esta piedra más virtudes que á las otras, aún cuando éstas tengan muchas.» Despues del diamante viene el záfiro, que hace á quien lo lleva pacífico, amable y piadoso; confirma el alma en las buenas obras, y por la única fuerza de sus puros rayos mata todos los seres dañinos y venenosos. El mirar al záfiro preservaba la vista, y el záfiro reducido á polvo era un remedio soberano contra la peste. Los judíos tienen un mito que pretende que las primeras tablas de la ley dadas por Moises estaban hechas de esta piedra, mientras que las tablas de la sabiduría grabadas por Hermés, y colocadas en el templo egipcio, eran de esmeralda.

Cosa digna de notarse es que en las naciones antiguas, y entre los bárbaros semicivilizados de nuestra época, las piedras verdes parecen ser más apreciadas que las de otros colores. Algunas tribus polinesias se han hecho la guerra por la posesion de ciertas piedras verdes destinadas á puntas de lanza y de flecha. Conocido es el respeto supersticioso de los peruanos á las esmeraldas, y numerosos los cuentos de Plinio y de otros naturalistas antiguos sobre los dragones, los grifos y otros espíritus malignos que guardan las minas de esmeraldas. Mr. Stevenson no pudo visitar las minas de esmeraldas del Perú por las creencias supersticiosas de los naturales, que le aseguraron que estas minas estaban encantadas y confiada su guarda á un dragon que lanzaba rayos contra los curiosos bastante audaces para ascender por el rio que conducía á las minas. Marco Polo cuenta que, habiendo oido decir el khan de Tartaria que la tumba de Adam estaba en Ceylan, envió á esta isla una embajada, la cual adquirió dos muelas del primer hombre, que eran muy gruesas, siendo las raíces y la corona de bello pódido verde, poseyendo la virtud de que cuando se ponía en ellas alimento para un sólo individuo quintuplicaba inmediatamente la cantidad. Las cualidades atribuidas á la esmeralda en la Edad Media eran, entre otras, las de devolver la vista y la memoria, hacer que el espíritu maléfico se fuera á ladrar por los aires; dar al poseedor de la piedra la facultad de descubrir secretos y de hacerle invisible, y pasar del verde al amarillo en el caso de infidelidad de la persona amada. En fin, si la preciosa piedra no podía hacer el bien á su poseedor, ó apartar de él el mal, se hacía por sí misma mil pedazos.

Pero de todas las piedras, el rubí (llamado por los griegos *ἀνθράξ*, carbon incandescente) es, bajo el nombre de *escarbucla*, objeto de las más

(1) *Life in Ancient India, Speir.*

(2) Tylor.—*History of Mankind.*

curiosas leyendas. Una escarbuela era la que estaba suspendida en el arca para iluminarla durante la noche. «¿Qué otra cosa como el rubí podía dar esos rayos brillantes de luz, partiendo de la copa de piedras preciosas que Abraham había colocado en el centro de su ciudad de hierro, para iluminar sus esposas cautivas? Porque Abraham, según el Talmud, era un polígamo celoso y tenía sus numerosas esposas encerradas en una ciudad de hierro, donde los mismos rayos del sol no podían penetrar, por lo que, para hacerles gozar de la luz, una copa de piedras preciosas iluminaba todo el espacio.»

En todos los cuentos orientales se encuentran los rubies iluminando palacios encantados y cavernas guardadas por dragones. El rubí es en realidad fosforescente en cierto grado, y en determinadas circunstancias centellea. Como las demás gemas, revelaba la presencia del veneno, y se convertía también en sombrío y opaco si á la persona que lo llevaba amenazaba algún acontecimiento desagradable; pero desterraba la tristeza y garantizaba de cierto número de vicios.

El topacio participaba con el rubí la propiedad de emitir luz. Llevado en el collar era un amuleto contra la hechicería, teniendo la virtud de ahuyentar la melancolía y de alegrar el espíritu. La amatista tenía el más profundo horror á la borrachera, y por ello se la engarzaba en las copas de los festines, á fin de que se pudiera beber con exceso sin temor de emborracharse. El ópalo confería el don de la invisibilidad á su poseedor; pero también pasaba por ser piedra de desgracia. La turquesa, al decir de Boecio, tenía la propiedad de duplicar las facultades visuales y de aumentar la energía de su poseedor; pero su mérito principal era su acción preservadora contra las caídas. También muestra, por su color, la constancia de quien la llevaba. Las turquesas se encuentran exclusivamente en Persia; sin embargo, cuando la conquista de Méjico los españoles encontraron entre los aztecas imágenes adornadas con turquesas lo mismo que sucedía entre los persas; pero la mina de donde procedían estas piedras nunca fué descubierta.

El origen del ámbar ha dado ocasión á muchas fábulas; sus propiedades eléctricas llamaron desde un principio la atención. Llevado alrededor del cuello, decíase que el ámbar tenía la propiedad de preservar de la erisipela y de las anginas. El azabache poseía las mismas virtudes, y mezclado con el vino constituía un odontálgico soberano; se le empleaba también en la ciencia de la adivinación.

Se ve, pues, que las virtudes benéficas y el don de la ciencia, atribuidos en los tiempos antiguos

á la serpiente, han sido trasferidos despues á las piedras preciosas, que continúan bajo su guarda, aunque, á consecuencia sin duda de los estudios hebraicos, se convierta en emblema del pecado de Satan. Puede notarse, sin embargo, que la transformación se ha hecho con lentitud. Si el dragón hubiese sido considerado en efecto como la completa personificación del mal, no se le hubiera empleado en guardar estas piedras preciosas, á las cuales se atribuía el poder de alejar y aniquilar todos los males.

Los *Gesta Romanorum* proporcionan curiosas historias de serpientes, haciendo uso como agentes curativos y como testimonio de reconocimiento de las piedras preciosas confiadas á su guarda.

«Teodosio, el emperador ciego, ordenó que la querrela de toda persona perjudicada se oyese á la señal de una campana colocada en una sala pública de su palacio. Cerca del lugar de donde pendía la cuerda de la campana tenía su nido una serpiente, y en ausencia del reptil, tomó posesión del nido un sapo. La serpiente desposeída se arrolló á la cuerda, tocó la campana pidiendo justicia, y por orden expresa del emperador fué muerto el sapo. Pocos dias despues, estando descansando el emperador en la cama, entró la serpiente en su habitacion llevando en la boca una piedra preciosa. El reptil se empinó hasta llegar al rostro del soberano y colocó la piedra preciosa sobre uno de sus ojos, saliendo en seguida de la habitacion; inmediatamente recobró la vista.»

La campana de justicia indica el carácter oriental de esta fábula, porque se encuentra en la historia verdadera de un monarca chino contada por Huc casi en iguales términos. «Tenía un rey un ministro de carácter tiránico, que, pasando cierto dia por un bosque, cayó en un agujero profundo donde había un leon, un mono y una serpiente. Un pobre hombre que recogía leña en el bosque, oyendo los gritos del ministro, le libró del apuro, y con él al leon, al mono y á la serpiente. El ministro volvió á su casa prometiendo grandes riquezas al leñador. Al poco tiempo fué éste al palacio del ministro para reclamar la ofrecida recompensa; pero el ministro hizo que le apaleasen cruelmente. Al mismo tiempo el leon llevaba diez asnos cargados de oro á la choza del pobre hombre; la serpiente una piedra preciosa de tres colores, y el mono, cuando el leñador volvía al bosque para continuar su trabajo, le recogía la leña. Por virtud de la piedra preciosa, que vendió, llegó á la dignidad de caballero y adquirió grandes bienes; pero más tarde encontró la piedra en su cofre y se la llevó al rey. Al saber éste la historia de lo ocurrido, condenó á muerte al ministro ingrato y dió su cargo al leñador.»

Esta piedra preciosa de tres colores parece una clara alusion á la piedra serpiente de los druidas, que era tricolor, ó á la piedra llamada *solinus*, consagrada á Mithra, el dios del Sol en Persia.

«Un caballero que habia disipado toda su fortuna frecuentando torneos en el reinado de Fulgencio, encontrósse reducido á extrema pobreza. Una serpiente que frecuentaba una de las habitaciones de su casa, y á quien el caballero alimentaba con leche, pagó á su bienhechor la deuda de reconocimiento haciéndole rico. El caballero cometió la ingratitud y tambien la imprudencia de matar á la serpiente, suponiendo que estaba encargada de guardar un tesoro en la estancia, y esta mala accion fué causa de que se viera de nuevo reducido á la miseria (1).»

En un artículo sobre la demonología, el *Fraser Magazine* publicaba en Noviembre de 1872 un cuento lituaniense de un niño que se habia apoderado de la corona de una serpiente régia, mientras ésta tomaba un baño en una tarde de fiesta. Perseguido por un ejército de serpientes, el niño, en su terror, dejó caer la corona robada, que las serpientes devolvieron. Quedó, sin embargo, una piedra preciosa cogida al vestido del niño, y esto le permitió construir un palacio de oro macizo. Suerte parecida tuvo en la isla de Wight el caballero Bran, que habia recogido una piedra negra, la cual era en realidad un huevo de serpiente. El caballero fué perseguido de cerca, pero no soltó la piedra, y ésta le produjo inmensos tesoros.

Una de las propiedades más curiosas atribuidas por los antiguos á las gemas, es la de que estaban dotadas de sexo y que se reproducían. Los machos, segun Plinio, eran más duros y resistentes, las hembras más flojas; y lo más singular es que los mineros tienen la misma preocupacion respecto á las rocas auríferas de América. Un periódico de minas decía hace poco tiempo, que los mineros pretendian no encontrar jamás oro en los grandes peñascos, que llamaban *rocas machos*, sino sólo en los más pequeños, las *rocas hembras*.

A la serpiente, como al sapo, calificado por los legendarios en el número de los reptiles, se les atribuía tener una piedra preciosa en la cabeza; y ocasion es esta de hablar de las piedras, á las que se concede la virtud de curar la mordedura de las serpientes venenosas. Hé aquí lo que leemos en la *Encyclopædiá británica*, en el artículo titulado *Bezoard* (piedra para prevenir los efectos fatales del veneno): «La primera mencion que de ella se hace se encuentra en Aben Zohar, médico árabe. Describe esta piedra como hecha de lágrimas ó secreciones de los ojos del ciervo,

quien, despues de haber comido serpientes, ordinariamente corria á meterse en agua hasta las narices, estando así hasta que sus ojos empezaban á segregarse un líquido que, aglomerándose entre los párpados, se espesaba y coagulaba poco á poco, llegando á ser duro, y arrojándolo entónces el animal á fuerza de fricciones. El bezoard es una concrecion calcárea que se encuentra en el estómago de algunos animales de la especie de las cabras. Se compone de capas concéntricas superpuestas, con una pequeña cavidad en el centro, que contiene un fragmentito de madera, de paja, de pelo ó de otras sustancias análogas. El bezoard es de dos clases, uno procede de Persia ó de las Indias Orientales, otro de las Indias Occidentales españolas. El oriental es de color brillante verde sombrío, ú oliva. El occidental tiene la superficie rugosa y es ménos verde, pero más grueso, teniendo á veces la dimension de un huevo de ganso; el oriental, por el contrario, excede rara vez al grueso de una nuez, pero se le considera más precioso.»

El ciervo ó la cabra montés, de quien ántes se dice que se alimenta de serpientes es sin duda alguna el cabritillo almizclero, á quien, segun dice Halde en su *China*, se atribuye particular aficion á comerse las serpientes, y cuyo almizcle se considera antidoto perfecto contra la mordedura de los ofidios, tanto que los campesinos que frecuentan los distritos donde estos reptiles abundan, llevan siempre consigo esta medicina, poniéndola entre los dedos de los piés. No cabe duda de que á las serpientes y á otros animales les repugnan los olores fuertes, sabiéndolo y aprovechándose de ello los que los doman. En todos los países el fresno pasa por ser tan antipático á las serpientes, que hasta se ha llegado á creer que dicho reptil no pasa un círculo trazado en el suelo con una vara de esta madera. Esta supersticion persiste todavía en Suecia, en Inglaterra y en América. Ignoramos si sucede lo mismo en Africa y en Oriente.

Es evidentemente un bezoard lo que lord Lytton describe en su *Historia rara*, como usado en Corfú contra las mordeduras de las serpientes.

«Esta piedra, dice el novelista, es de forma oval y de color bastante oscuro para que no se la pueda distinguir del negro. Rota en pasados tiempos, está hoy montada en oro. Cuando una persona es mordida se dilata la mordedura con una lanceta y se le aplica la piedra durante veinticuatro horas. La piedra se une por sí misma sólidamente á la herida, y cuando se desprende, la curacion es completa. Es preciso entónces sumergirla en leche, y devuelve el veneno que ha absorbido, que permanece verde en la superficie de la leche. Desde

(1) *Gesta Romuorum*, in: *Warton's History of Poetry*.

entonces se puede usar de nuevo la piedra. Los campesinos, al ser mordidos, recurren inmediatamente al bezoard, que sólo en un caso ha dejado de producir su efecto curativo, y fué por aplicarlo veinticuatro horas despues de la mordedura.

Sr E. Tennant, en su *Ceylan*, habla de piedras de serpientes parecidas á la citada, sólo que son negras y muy brillantes, empleándolas contra la mordedura de la *cobra*. (1). La misma propiedad se atribuye en Irlanda y en Bretaña septentrional á antiguas piedras redondas, llamadas «Ruedas de Pixias» ó «muelas de hadas,» y tambien «piedras de serpientes y de culebras».

A. W. BUCKLAND.

(*Saint-Paul's Magazine*.)

(Se concluirá.)

LA CIENCIA DEL HOMBRE.

La primera condicion para el fácil desenvolvimiento de una ciencia, es determinar con precision su objeto, dar una definicion exacta de la misma. Desgraciadamente el objeto de la Antropología no ha sido interpretado de idéntica manera por los que se han dedicado al estudio de sus diferentes ramas en todos los tiempos: para unos la Antropología es y ha sido única y exclusivamente el estudio del cuerpo humano y las funciones de sus órganos, bien en estado normal, bien en un estado patológico; para otros el estudio de esta ciencia se refiere solamente á las cualidades intelectuales y morales del hombre.

Hipócrates, en su tratado ΠΕΡΙΦΥΣΕΩΣ ΑΝΘΡΩΠΟΥ, empieza diciendo: «Los que están acostumbrados á oír disertar sobre la naturaleza del hombre fuera de la Medicina, no encontrarán nada para ellos en este tratado.»

Los filósofos griegos se llamaban antropólogos. Hoy se ven muchas obras con el título de Antropología que sólo tratan de Anatomía, Fisiología é Higiene; algunas con el mismo epígrafe sólo se ocupan de la Psicología, y otras, con mejor derecho para llevar aquel nombre, estudian la union, relaciones y mútuas influencias entre los dos elementos, cuerpo y alma, del Yo humano.

Cierto que todas estas ciencias ayudan á conocer al hombre y á distinguirlo de todos los demas seres de la naturaleza; pero ninguna puede atribuirse la denominacion de Antropología, puesto que cada una de ellas estudia al hombre bajo un

solo punto de vista, y no puede dar á conocer más que una parte de él, y esto de una manera insuficiente é inexacta.

La Antropología no ha de limitarse exclusivamente á caracterizar la especie *hombre*, sino que debe estudiar además cada raza, sus costumbres, industria, civilizacion, género de vida y su distribucion en la superficie de nuestro globo, no sólo al presente, sino en todas las épocas de la humanidad.

El eminente profesor de Medicina, Paul Broca, que tan señalados servicios ha prestado á la ciencia que nos ocupa, la define en los siguientes términos:

«Antropología es la ciencia que tiene por objeto el estudio del grupo humano, considerado en su conjunto, en sus detalles y en sus relaciones con el resto de la naturaleza.» De esta suerte el objeto y fin de la ciencia antropológica quedan completamente determinados, y se establece una diferencia muy marcada entre ella y el resto de las que se ocupan del hombre con un fin particular.

La parte que se limita á estudiar el grupo humano, considerado en sus relaciones con el resto de la naturaleza organizada, ó sea, á determinar la situacion de este grupo en la serie de los demas seres de la naturaleza, llamada por el mismo profesor ANTROPOLOGÍA ZOOLOGICA, parece á primera vista muy fácil de precisar; sin embargo, se tropieza para ello con grandes dificultades: unas veces es el desmedido orgullo del hombre, que pretende establecer un abismo infranqueable entre él y el resto de la naturaleza, otras por el contrario, la exageracion de ciertos principios, que, si bien tienen en su apoyo sólidas razones para poder ser aplicables al hombre dentro de ciertos limites y con ciertas restricciones, de ninguna manera autorizan para hacerlo de un modo absoluto é incondicional. Me refiero al *darwinismo*, teoría sorprendente, teoría seductora, teoría que, sea cualquiera la manera de pensar acerca de sus doctrinas, ha operado en la ciencia biológica una revolucion tan fecunda en resultados, que la historia no podrá menos de reservar á su autor uno de los lugares más distinguidos entre los apóstoles de la ciencia; porque el valor de una hipótesis no reside precisamente en su realidad más ó menos demostrable; no es necesario para que una hipótesis sea un progreso en las ciencias, que sea la expresion exacta de la verdad; el valor de una hipótesis reside en la cantidad de ideas que á su paso brotan, en el número de fenómenos que agrupa en su derredor, en los hechos que permite preveer y hace constar: basta para que una hipótesis sea buena, que sea fecunda en resultados.

(1) Véase *L'île de Ceylan et ses curiosités naturelles*, por Octavio Sacht, 5.ª edición, Paris, 1869, Sarlit, editor.